

AMÉLIE KUHRT

El Oriente  
Próximo  
en la  
Antigüedad

c. 3.000-330 a.C.

2

**AMÉLIE KUHRT**  
El Oriente Próximo  
en la antigüedad  
(c. 3000-330 a.C.)

Volumen 2

Traducción castellana de  
Teófilo de Lozoya

**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: 2001  
Primera edición en esta nueva presentación: marzo de 2014

*El oriente próximo en la antigüedad 2*  
Amélie Kuhrt

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

*The Ancient Near East c. 3.000-330 B C*  
*Volume Two*

© Amélie Kuhrt, 1995  
© de la traducción, Teófilo de Lozoya, 2001

© Editorial Planeta S. A., 2014  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)  
[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

ISBN: 978-84-9892-689-7  
Depósito legal: B. 2201 - 2014  
2014. Impreso y encuadernado en España por Book Print

Tercera parte

LA TRANSFORMACIÓN POLÍTICA  
Y LOS GRANDES IMPERIOS  
(c. 1200-c. 330)

## 8. LEVANTE (c. 1200-c. 720)

### CRISIS Y CAMBIOS POLÍTICOS ENTRE C. 1200 Y 900

El panorama político del Oriente Próximo hacia 1200 podemos resumirlo más o menos de la siguiente manera: en Levante, Chipre y la Grecia micénica la unidad política básica era la ciudad-estado que habitualmente dominaba una extensión bastante grande de territorio circundante. Entre c. 1400 y 1200, los pequeños estados de Levante formaban parte en general de la esfera de dominio imperial de Hatti o Egipto: incluso la isla de Chipre (o al menos una parte de ella) era controlada por los hititas a finales del siglo XIII (véanse los capítulos 4-6). Más al este otra potencia política de esta época era la Babilonia casita, aunque durante la segunda mitad del siglo XIII se vería eclipsada por la ascensión meteórica de Asiria al norte (imperio medio-asirio) y el establecimiento de un estado elamita fuerte en el este (véase capítulo 7).

El sector occidental de este paisaje político experimentó un verdadero colapso en torno al año 1200 y en el período inmediatamente posterior; por el este, Asiria, Babilonia y Elam se mantuvieron, según parece, relativamente estables hasta más o menos el siglo XI. Algunos elementos indican que efectivamente se produjo una crisis: en primer lugar, el gran imperio hitita, con la excepción de uno o dos de sus reinos vasallos (por ejemplo, Carchemish, véase Hawkins, 1988), desapareció por completo del mapa en torno al 1200 (o probablemente poco después). En segundo lugar, varias ciudades de Levante —los casos más notables serían Ugarit y Emar— fueron destruidas aproximadamente por esa misma fecha, y sus emplazamientos no volvieron a ser ocupados. También más o menos por entonces las ciudades de la Grecia micénica entraron en decadencia y acabaron por ser destruidas o abandonadas. También en Chipre aparecen hacia el año 1200 signos de destrucción, seguidos de una serie de cambios culturales. Por último, hacia mediados del siglo XII o un poco más tarde, el dominio que Egipto ejercía sobre la parte meridional de Levante llegó a su fin; a comienzos del siglo XI las fronteras del país de los faraones se habían reducido al máximo, tras perder el control del Sinaí y de Nubia (véase el capítulo 4, apartado 4).

¿Cuáles fueron los factores responsables de esta situación? La decadencia de unas potencias imperiales o la destrucción de una ciudad no constitu-

yen por sí solas ningún hecho insólito, y cabría pensar en una serie de causas distintas que pudieran haber sido responsables de determinados casos de decadencia o destrucción. En realidad, teniendo en cuenta la superestructura política bastante elaborada de estos estados, todos ellos dependientes de que siguiera abierto el acceso a unos recursos limitados y a un aprovisionamiento de alimentos siempre imprevisible, y por otra parte estrechamente relacionados unos con otros, la situación no resulta en sí tan extraña. Una sucesión de malas cosechas, de inundaciones desastrosas, de catástrofes naturales como, por ejemplo, terremotos, la devastación de los campos de cultivo a manos de grupos de merodeadores, la interrupción de las rutas comerciales por grupos de pastores en busca de nuevos pastos para sus ganados, una sucesión de epidemias catastróficas, de actos hostiles fruto de las luchas intestinas crónicas entre los diversos principados: cualquiera de estos factores o la conjunción de todos ellos podrían proporcionarnos, al menos en parte, una explicación de lo ocurrido, especialmente si tenemos en cuenta la fragilidad de la infraestructura económica de muchos de esos estados.

Lo curioso de la situación en esta época es que pasó bastante tiempo hasta que (ya en el siglo X) volvieran a aparecer indicios de verdadera recuperación; da la impresión de que sobrevino una especie de «edad oscura», y cuando el mapa histórico vuelve a aclararse, se ha producido un cambio en el panorama político general: aparecen varios estados nuevos (por ejemplo, Israel, o la pentápolis filistea) dominados por pueblos escasamente atestiguados hasta entonces en Levante. La conclusión que cabe extraer sólo puede ser que la zona sufrió un cambio en su configuración política, aunque no todas las regiones lo experimentaron en el mismo grado: parece que algunas se vieron afectadas más profundamente, mientras que otras lo fueron relativamente poco. Las fuentes indican que durante este tiempo se produjeron diversos movimientos de pueblos. Entre ellos podemos citar a los libios, los israelitas, los arameos, los frigios y los llamados «pueblos del mar». Hasta qué punto tienen que ver estos pueblos o al menos algunos de ellos con los cambios políticos acontecidos constituye una cuestión tan compleja como discutida (véase últimamente Ward y Joukowsky, 1992).

## 1. LOS «PUEBLOS DEL MAR»

Entre las explicaciones aducidas para justificar el colapso político de Anatolia y Levante hacia 1200 destaca la tesis de que sus causantes fueron los «pueblos del mar». El término «pueblos del mar» abarca a varios movimientos de pueblos distintos acontecidos en torno al año 1200. Los especialistas han sostenido que, como las alusiones a esos grupos coinciden más o menos con la fecha del colapso que se produjo en el Mediterráneo oriental, debemos establecer un vínculo de causalidad entre ambos hechos. Uno de los problemas que surgen al intentar explicar cómo estos «pueblos del mar» pudieron ser los responsables de una devastación tan amplia, gira en torno a su

CUADRO 25. *Los «pueblos del mar»*

## a) Nombre de pueblos del mar citados en los textos egipcios

Merneptah (1224/1213-1204)	Ramsés III (1184-1150)
<i>šrdn</i>	<i>šrdn</i>
<i>t(w)r(w)š</i>	<i>(trš?)</i>
<i>škrwš</i>	<i>škr(w)š</i>
<i>3kwš</i>	<i>tjkr</i>
<i>rwkw</i>	<i>prst</i>
	<i>wšš</i>
	<i>dnn</i>

## b) Posible vocalización de estos nombres

<i>rwkw</i>	= lukka
<i>šrdn</i>	= sherden
<i>dnn</i>	= denyen/danuna
<i>tjkr</i>	= tjekker/zakkala
<i>prst</i>	= peleset/filisteos
<i>trš</i>	= teresh
<i>škrš</i>	= sheklesh/shikala
<i>wšš</i>	= weshshesh
<i>3kwš</i>	= ekwesh/akaiwasha

identidad. Si pudiéramos determinar quiénes eran y de dónde venían, podríamos hacernos una idea, aunque fuera esquemática, del tipo de movimiento o migración que deberíamos plantearnos.

Un hecho que no nos cansaremos nunca de subrayar es que las únicas fuentes que hablan del papel desempeñado por los «pueblos del mar» en esta crisis son las narraciones de dos campañas egipcias. Una de ellas es el relato (conservado en una inscripción de Karnak) de la guerra librada por Merneptah en su quinto año de reinado (1220 [1209]) contra una coalición de libios que intentó penetrar en la parte occidental del delta. Entre las tropas libias había unos pueblos calificados unas veces de «gentes del norte venidas de todas las tierras» y otras de «gentes de los países del mar». Así es como los especialistas modernos han acuñado el término «pueblos del mar». Se les llama *šrdn*, *3kwš*, *trš*, y *rwkw*. Se conserva la cantidad de prisioneros capturados por los egipcios entre estos cuatro primeros grupos: 2.200 en total. Debemos contrastar esta cifra con los 7.000 cautivos hechos entre los libios (pertenecientes a varias tribus distintas). Da, pues, la impresión de que estos aliados de los libios constituyen una fuerza proporcionalmente menor. El relato egipcio comenta que los contingentes de «pueblos del mar» estaban formados únicamente por hombres, a diferencia de los libios, que iban acompañados de sus familias. Ello implica que los «pueblos del mar» eran soldados mercenarios contratados por el caudillo libio, Maryare.

Unos cuarenta (o treinta) años más tarde (1176), en la campaña realizada durante el octavo año de su reinado —hermosamente conmemorada en lenguaje plástico y literario en su gran templo fúnebre de Medinet Habu— Ramsés III hubo de hacer frente a los ataques de unos pueblos que llegaron desde Siria por tierra y por mar. Algunos de esos pueblos, como por ejemplo los *tjkr*, los *prst*, los *wšš* y los *dnn*, no habían sido mencionados hasta entonces, mientras que otros dos (los *šrdn* y los *škrš* [*trš*, lectura muy dudosa]), se encontraron ya entre los aliados de los libios mencionados en la campaña de Merneptah cuarenta y cuatro (o treinta y tres) años antes (véase cuadro 25). El elaboradísimo lenguaje literario utilizado para celebrar la victoria egipcia describe a esas tropas en los siguientes términos:

... en cuanto a los países extranjeros, hicieron una conjura en sus islas. De repente todos los países se pusieron en movimiento, se dispersaron en la guerra. Ningún país pudo resistir a sus armas: Hatti, Kode (Cilicia), Carchemish, Arzawa y Alashīya (Chipre). Fueron desmembrados. Se levantó un campamento en Amor (Amurru, es decir, el norte de Siria). Devastaron a la población y su tierra quedó como la que nunca ha nacido. Avanzaron hacia Egipto mientras que la llama se preparaba ante ellos. Su coalición estaba formada por las tierras unidas de los *prst*, *tjkr*, *škrš*, *dnn* y *wšš*. Ellos se apoderaron de todos los países del orbe, con ánimo confiado y seguro: «Nuestros planes tendrán éxito» (Edgerton y Wilson, 1936; *ANET*, pp. 262-263; *ARE*, IV, § 64).

Como señalaba años atrás Breasted, los textos egipcios «contienen tantos epítetos de carácter gráfico que hacen que incluso una palabra normal y corriente resulta a menudo incomprensible ... Muchos de esos textos de Medinet Habu probablemente seguirán siendo incomprensible para nosotros, mientras no dispongamos de algún amable egipcio, familiarizado con ese estilo, que nos explique el sentido de sus exageradas metáforas y metonimias» (*ARE*, IV, pp. 13-14). Se trata de una observación importante que nos invita a no tomar al pie de la letra las exageradas afirmaciones de esta inscripción. Lo que cabría deducir con cierto grado de seguridad de estas inscripciones y relieves es que se libró una batalla terrestre contra esos pueblos, probablemente cerca del litoral libanés, y otra naval, quizá en el delta. Otro punto que merece la pena tener en cuenta es que en los relieves de la batalla terrestre aparecen representados carros de dos ruedas, curiosamente tirados por dos yuntas de bueyes, sobre los cuales van montados mujeres y niños. La caja de las carretas es de mimbre, mientras que las ruedas aparecen representadas como sólidos discos de madera: es decir, no tenían nada que ver con los ágiles carros de guerra y sus ligeras ruedas provistas de radios, que utilizaban habitualmente los ejércitos del Bronce Reciente. Este hecho indicaría que más o menos por esta época el pueblo que se enfrentaba al ejército egipcio era una población agrícola originalmente sedentaria, que se veía obligada a trasladarse junto con sus ganados y sus familias, quizá en busca de nuevas tierras en las que asentarse.

¿Hasta dónde nos lleva este testimonio, por lo demás bastante limitado? Al margen del hecho de que todos estos pueblos eran considerados por



los egipcios «gentes del norte» (asociadas a veces con el mar y/o sus islas) —designación por lo demás bastante vaga—, lo primero que debemos señalar es que algunos ya eran conocidos por los egipcios. Los *rwkw* (lukka) podrían identificarse de modo bastante plausible con los habitantes de los «países lukka» de los hititas, situados probablemente en la Licia clásica o en sus inmediaciones (véase, en general, Bryce, 1986, pp. 1-10). En el siglo XIV (EA, 38) aparecen de vez en cuando tratados como piratas, y algunos llegaron a formar parte del ejército hitita en la batalla de Kadesh (1286 [1275], véase el capítulo 4, apartado 4. Los *šrdn* (término vocalizado «sherden» o «shardana») aparecen representados siempre llevando cascos con cuernos, faldas y un tipo de espada desarrollada en la Siria del Bronce Reciente. También ellos son conocidos ya como contingentes de mercenarios en el ejército egipcio desde el siglo XIV; se ha llegado incluso a sugerir que el pequeño disco representado entre los cuernos de sus cascos era el distintivo de un regimiento egipcio (Sandars, 1978, p. 106). De hecho aparecen representados luchando en uno y otro bando en las batallas libradas por Ramsés III contra los «pueblos del mar». Este hecho indicaría que su lugar de origen estaría en el Mediterráneo oriental, quizá en el sur de Turquía o en Levante. Probablemente debamos relacionar a los *dnn* (denyen/danuna) con el país del mismo nombre situado al norte de Ugarit en el siglo XIV (Hawkins, en prensa); una localización posible sería Cilicia, concretamente la comarca de Adana. Por lo que a su atuendo y su equipo se refiere, los *dnn* no se diferencian de los *prst* («peleset») y *tjkr* (tjekker/zakkala). Los tres llevan falda, lanza, espada corta, escudo redondo, y un tocado especial que ha sido interpretado de formas muy diversas: según unos estaría hecho de plumas o de trapos doblados, mientras que para otros sería una especie de peinado levantado. Hombres con este mismo armamento y este atuendo aparecen formando parte del ejército de Ramsés III en una campaña realizada durante su quinto año de reinado, en la que tuvo que enfrentarse a los libios. Parece, pues, que los *dnn*, los *prst* y los *tjkr* constituían un grupo estrechamente emparentado, originarios todos ellos en principio de Cilicia, y dispuestos a servir como soldados mercenarios en el siglo XII. No podemos decir gran cosa acerca de los *trš* (teresh) ni de los *škrš* (sheklesh/shikala): individuos parecidos a ellos en su tocado (turbante y barba) aparecen representados en una sola ocasión formando parte de las tropas egipcias durante la guerra de Ramsés III contra los libios. De los *wšš* no tenemos representación pictórica alguna, de modo que nos resultan absolutamente desconocidos. Los *3kwš* («ekwesh/akaiwasha»), que sólo aparecen mencionados en la guerra de Merneptah contra los libios, han sido identificados provisionalmente con los «aqueos»; pero esa interpretación depende de la que demos al pueblo de los «ahhiyawa», vecinos de los hititas (véase el capítulo 5, apartado 2), de suerte que sus implicaciones resultan desgraciadamente muy poco claras (Sandars, 1978, pp. 110-111).

Debemos añadir un testimonio más: el Gran Papiro Harris. Este documento da fe de los legados hechos por Ramsés III a los templos de Egipto, y fue compuesto originalmente con el fin de alabar la piedad y la virtud de este

faraón. Contiene, por consiguiente, algunos pasajes en los que Ramsés es representado como portador de la paz y conquistador de los enemigos tradicionales de Egipto. En una de esas secciones aparece una interesante alusión a unos «pueblos del mar»:

Extendí todas las fronteras de Egipto. Expulsé a todos los que lo invadieron desde sus propias tierras. Maté a los *dnn* [que están] en sus islas, y los *tjkr* y los *prst* fueron reducidos a cenizas. Los *šrdn* y los *wšš* del mar quedaron al nivel de los que no existen, fueron hechos prisioneros de una vez y llevados como cautivos a Egipto: cual si fueran arena de la playa, los establecí en fortalezas levantadas en mi nombre. Numerosísimas eran sus clases, cientos de millares. Les asigné raciones a todos, así como vestidos y grano de los almacenes y graneros cada año...

Hice que la infantería y los destacamentos de carros moraran [en el país] en mis tiempos; los *šrdn* y los *khk* (grupo líbico) permanecían en sus ciudades, tumbados boca arriba; no tenían miedo, pues no había enemigos de Kusk [ni] adversarios de Siria. Sus arcos y sus armas yacían guardados en sus almacenes, mientras que ellos se sentían satisfechos y bebían con placer. Sus esposas estaban con ellos, tenían a sus hijos a su lado, [pues] yo estaba con ellos como defensa y protección de sus miembros (W. Erichsen, *Papyrus Harris I* [1933], *ARE*, IV, §§ 403-405; *ANET*, p. 262).

Esta exposición de Ramsés III confirma algo que ya había sido deducido provisionalmente, a saber, que los «pueblos del mar» eran empleados como mercenarios y como guarniciones de las fortalezas. Que tal era la realidad nos lo indican los testimonios arqueológicos y textuales, que demuestran que los *prst* («peleset» = filisteos) y los *tjkr* se establecieron en todos los lugares de Palestina en los que los egipcios tenían fortalezas provistas de guarniciones: lugares como Bet-Sean, Gaza y Dor (Dothan, 1982; Mazar, 1990 [0Gd], pp. 262-283).<sup>1</sup> Las excavaciones del Museo Británico que están realizándose en Tell es-Saidiyeh (Jordania) han encontrado pruebas de la existencia de otra ciudad provista de una guarnición compuesta probablemente por «pueblos del mar» que data del siglo XIII (Tubb, 1988). Y no es de extrañar este hecho, si tenemos en cuenta los testimonios de los vínculos mantenidos por los egipcios con diversos «pueblos del mar» antes de finales del siglo XIII. Lo que, al parecer, ocurrió fue que, cuando el poder imperial de Egipto en la región se vino abajo, los soldados al cargo de las fortalezas quedaron a merced de sus propios recursos, se reorganizaron formando ciudades independientes y así fue cómo nacieron los filisteos del Antiguo Testamento. Es posible que el término «filisteo» se aplicara vagamente a varios grupos distintos, aunque emparentados entre sí. Se ha sugerido (Yadin, 1968; Sandars, 1978, pp. 163-164) que la tribu israelita de Dan, que curiosamente es relacionada en el Antiguo Testamento con los barcos, se habría creado originalmente a partir de una guarnición egipcia formada por *dnn* (Ahlström, 1986, pp. 60-63).

La conclusión que cabe extraer de los testamentos egipcios, por lo demás los únicos disponibles, es que ciertos grupos de pueblos, originarios quizá del

litoral meridional de Turquía, sufrieron una serie de dificultades económicas a lo largo de los siglos XIII y XII, por lo que se vieron obligados a trabajar como mercenarios al servicio de estados como, por ejemplo, Egipto, pero también para otros pueblos (por ejemplo, los libios). La gravedad cada vez mayor de la crisis obligó a un pequeño número de ellos a emigrar con sus familias y sus ganados, con la esperanza de encontrar nuevas tierras en las que asentarse. Otros (por ejemplo, los lukka, de EA, 38) utilizaron sus barcos para hacer incursiones por la zona costera, práctica que probablemente no fuera más que una extensión de sus habituales actividades piratas. Todo ello implica que se trataba de gentes relativamente pobres que, debido quizá a la paulatina decadencia del control central de las grandes potencias, como por ejemplo los hititas, se movían de un lado a otro en pequeños grupos con el fin de encontrar nuevos medios de subsistencia a través del saqueo, la apropiación indebida de tierras y las actividades mercenarias. Por otra parte, aunque, según parece, estos movimientos fueron en aumento y en algunos casos se hicieron más agresivos, tampoco constituían un fenómeno nuevo, y da la impresión de que los egipcios ya habían puesto los medios necesarios para absorber cuando menos a una parte de esos pueblos poniéndolos a su servicio.

Esta imagen más estricta, basada rigurosamente en los testimonios, no es la que normalmente se ofrece de los «pueblos del mar». Habitualmente suele relacionarse con ellos toda una serie de destrucciones masivas y de desastres acontecidos en el Mediterráneo oriental en torno al año 1200; y la causa de todas esas desgracias suele atribuirse abierta o implícitamente a su movimiento. Debemos, pues, plantearnos la cuestión de si tenemos testimonios suficientes para considerar plausible una interpretación tan drástica.

La desintegración del imperio hitita es atribuida generalmente a los «pueblos del mar», pero carecemos de testimonios irrefutables que sostengan semejante tesis: la fecha de la destrucción de Hattusa no es segura; y tampoco se han aportado pruebas de la existencia de una invasión masiva. De no ser por la popularidad alcanzada por los «pueblos del mar» como explicación general de todo lo ocurrido, lo más probable es que los especialistas hubieran pensado en los gasga como el grupo causante de la destrucción y posterior abandono de Hattusa, pues existen pruebas de que siglos atrás los gasga conquistaron o destruyeron la ciudad, y de que obligaron al rey a trasladar la corte a otro lugar (*RLA*, 4, p. 171; véase el capítulo 5, apartado 4). La única relación entre los dos acontecimientos es la alusión que hace Ramsés III cuando dice: «Ningún país pudo resistir a sus armas: Hatti..., etc.» (véase *supra*, p. 18). Pero, como ya hemos señalado, este texto tiene un carácter triunfalista y retórico. La impresión que crea Ramsés (y lo hace con suma eficacia) es la de que una gran federación de pueblos del mar se confabuló para destruir los grandes imperios; lo lograron en el norte, devastando todo lo relacionado con el vecino de Egipto, el gran reino de Hatti; pero cuando en su imparable embate se dirigieron al sur, fueron obligados a detenerse en la frontera de Egipto y su devastadora irrupción fue frenada por la victoriosa

y omnipotente figura del faraón. En resumen, parece verosímil que Ramsés pusiera de relieve deliberadamente el triunfo de los «pueblos del mar» sobre los hititas con el fin de magnificar sus proezas. Deberíamos señalar a este respecto que Carchemish, sede del virrey hitita, descendiente de Suppiluliuma I, que administraba las posesiones de Hatti en Siria (véase el capítulo 5, apartado 4), no fue destruida, y que el linaje de sus reyes probablemente sobreviviera, hecho que contradice directamente la afirmación de Ramsés en este único caso comprobable (Hawkins, 1988, en prensa). *Existen* testimonios efectivos de que durante el reinado de Merneptah, el imperio hitita sufrió una grave hambruna, que el monarca egipcio contribuyó a aliviar enviando grano. Este hecho podría significar que la Anatolia hitita era víctima de graves problemas internos, que acaso sean un síntoma de decadencia política; pero no hay pruebas de que esa decadencia fuera causada por los «pueblos del mar».

La destrucción de la magnífica y opulenta ciudad de Ugarit fue debida, en opinión de todo el mundo, a las incursiones de los «pueblos del mar». El relato de la caída de la ciudad fue reconstruida de un modo muy plausible por Astour (1965) en un artículo que tuvo mucho éxito. Utilizando algunas de las últimas cartas (escritas en tablillas de arcilla y descubiertas en el palacio) creó el lacerante drama en el que las defensas de Ugarit aparecían seriamente mermadas debido a las exigencias militares de Hatti, hasta caer en manos de las destructoras hordas provenientes del mar. En realidad las referencias que aparecen en esas cartas resultan muy difíciles de entender con claridad, y su interpretación depende de la imagen previa que ya se había formado de la naturaleza y la magnitud del ataque de los «pueblos del mar». Igual de fácil por lo menos sería considerar que la referencia que hacen las cartas a las agresiones de unos barcos contra la costa de Ugarit es una alusión a los ataques piratas que se producían una y otra vez como un fenómeno crónico, y no a un ataque masivo sin precedentes. Hoy día tenemos pruebas (desconocidas en la época en que Astour escribió su artículo) de que uno de los pueblos del mar, los shikala (*škrš*), tomaron como rehén a un hombre de Ugarit y pidieron un rescate por él (Dietrich y Loretz, 1978; véase *TUAT*, I, p. 508 n.º 4; véase también volumen 1, p. 352). Así pues, lo que cabría decir es que indudablemente Ugarit estaba pasando por malos momentos: quizá al tener que hacer frente los hititas a los ataques dirigidos contra ellos, Ugarit viera mermada sus defensas, pues es posible que los soldados de la ciudad hubieran acudido en ayuda del gran rey de Hatti. Puede que este hecho creara una situación que aprovecharan los pueblos pastores, los bandoleros y piratas para internarse en el territorio de la ciudad, hacer incursiones en la costa e incluso secuestrar a personajes ricos con objeto de obtener algún beneficio. Lo que resulta imposible de demostrar a partir de las cartas de Ugarit es quiénes fueron exactamente los responsables de la caída de la ciudad y de su destrucción. Vale la pena recordar en este contexto que el principal responsable de las excavaciones de este yacimiento, Claude Schaeffer, estaba convencido de que la Ugarit fue destruida por un terremoto.

Hatti y Ugarit son los dos estados cuyo hundimiento se ha pensado que puede atribuirse con toda claridad a los «pueblos del mar», aunque no es posible llegar a una conclusión definitiva. Otros lugares que experimentaron algún tipo de ruina más o menos en torno al año 1200 resultan más difíciles de relacionar con los «pueblos del mar», pues los argumentos esgrimidos se basan en los testimonios de la cerámica, sumamente controvertidos y a veces contradictorios (la Grecia micénica, Troya VIIA, Chipre), y complementados por un uso absolutamente imposible de defender desde el punto de vista metodológico de los mitos griegos de época posterior, basados en gran medida en equivalencias onomásticas de carácter especulativo (véase, por ejemplo, Strobel, 1976; Stager, 1991). En ningún caso resulta posible establecer una relación concreta entre la destrucción de un estado poderoso y los «pueblos del mar». Como la identidad de la «patria» originaria de los diversos «pueblos del mar» sigue siendo una mera especulación (así como la relación que algunos han propuesto entre ellos y lugares como Etruria, Sicilia o Cerdeña),<sup>2</sup> resulta aún más difícil afirmar cualquier tipo de relación directa: es decir, como entre los especialistas no existe un mínimo grado de acuerdo que nos permita determinar su lugar de origen, tampoco podemos rastrear con claridad la «ruta» que siguieron. Si no es posible saber quiénes eran, resulta también muy difícil determinar de dónde procedían, y dónde, cuándo, cómo y por qué se pusieron en movimiento. La conclusión harto insatisfactoria que debemos extraer es que los únicos testimonios que podemos utilizar para estudiar a los «pueblos del mar» son los documentos egipcios, algunos materiales arqueológicos de Palestina, donde, según ciertas hipótesis razonables, parece que se establecieron los «pueblos del mar», y ciertos indicios acerca del tipo de actividad con la que se relaciona a algunos de esos grupos. La atribución de todas esas destrucciones a los «pueblos del mar» en general es muy problemática; es posible que tuvieran algo que ver con la caída de Ugarit, pero ni siquiera este testimonio es tan seguro como se pensaba.

Recientemente (a partir del excelente artículo de Tritsch, 1973; Sandars, 1978) la tendencia más general ha sido la de ver en el movimiento de los «pueblos del mar» (independientemente de su filiación y sus orígenes) un producto colateral de los problemas económicos cada vez más graves causados por un crecimiento excesivo de las superestructuras políticas de los estados del Bronce Reciente. Esta circunstancia habría agotado sus recursos y habría hecho que resultara sumamente fácil su rutina, como efectivamente ocurrió. Una consecuencia de esa crisis fue la partida en varias direcciones de diversas bandas de piratas, bandoleros, familias de agritultores desprovistos de tierra y, posiblemente, otros nobles salteadores de carácter más sublime (los «asaltantes de ciudades» homéricos, como sugería de modo harto convincente Tritsch), en un intento de sobrevivir cada uno como pudiera. La escala de todas estas operaciones, realizadas independientemente unas de otras, habría sido relativamente pequeña, y habrían cesado con la decadencia de los poderosos estados a los que tantos quebraderos de cabeza causaron y de los que en último término dependían.

Si admitimos este enfoque de la cuestión de los «pueblos del mar» (y de hecho es el más satisfactorio en vista del actual estado de la documentación), deberíamos buscar las causas de la decadencia del Bronce Reciente en el Mediterráneo oriental en las estructuras sociopolíticas de Levante y Anatolia. Así pues, los «pueblos del mar» no habrían sido más que uno de los múltiples indicadores de la compleja serie de problemas y cambios relacionados entre sí que habían venido desarrollándose durante un largo período de tiempo. Desconocemos qué es lo que eran exactamente; pero los claros testimonios de la existencia de campesinos fugitivos y de proscritos que se aliaban para formar bandas de salteadores y merodeadores (los *'apiru/habiru* de las cartas de el-Amarna, véase el capítulo 6, apartado 4), atestiguados ya en el siglo XIV, deberían ser considerados un síntoma de la existencia de un malestar socioeconómico a largo plazo subyacente en todo Levante. Quizá también deberíamos relacionar con esta circunstancia la retracción general experimentada por los asentamientos urbanos; y lo mismo cabría decir de la concentración cada vez mayor de la riqueza en manos de una reducida elite urbana, hecho que sugiere que las comunidades rurales sufrían una explotación cada vez más despiadada (Liverani, 1987). En último término, la incapacidad de resolver estos problemas y otros emparentados con ellos condujo a una situación en la que, cuando por alguna razón entre otras muchas se vino abajo parte de la superestructura estatal basada en el delicado equilibrio de sus componentes, las posibilidades de recuperación fueron muy escasas, pues la población rural, de cuya productividad dependían todos los estados, dejó de identificar sus intereses con los del gobierno. Por el contrario, sintió la tentación de unirse a los grupos invasores y saquear con ellos los centros antes opulentos y ahora tambaleantes (Liverani, 1988 [OC], pp. 629-660; Knapp, 1988 [OC], pp. 212-215). Si introducimos a los «pueblos del mar» en este escenario político, podríamos ver en ellos un signo más del colapso y la desintegración general, pero no su causa.

## 2. LOS ARAMEOS

Una de las dificultades que comporta admitir que los «pueblos del mar» fueron la principal causa del hundimiento político del Oriente Próximo estriba en que da mayor importancia a los testimonios relativos a una serie de invasores y salteadores que a otros testimonios más dispersos que hablan de unos problemas mucho más generales en los que se hallaban involucrados otros pueblos (véase p. 16). Durante esta época vemos aparecer a un grupo en particular que crea cada vez más problemas a diversos estados centralizados del Asia occidental, a saber, los arameos.

Son muchos los problemas que se les suscitan a los especialistas a la hora de analizar la aparición de los arameos. Esta circunstancia tiene que ver en parte con el hecho de que el término general «arameos» enmascara la realidad innegable de que no constituyen un grupo unificado, excepto por lo que

se refiere a su lengua. El arameo pertenece al grupo de las lenguas semíticas noroccidentales y está emparentado con el hebreo y el fenicio. Se convirtió en la lengua más utilizada en el Oriente Próximo hasta su desplazamiento definitivo en beneficio del árabe a lo largo del siglo VII d.C.: el arameo fue la lengua administrativa del imperio aqueménida, la lengua hablada por Jesús, e incluso un dialecto arameo —el siríaco— fue empleado por la iglesia cristiana (como de hecho sigue empleando la actual iglesia asiria). Hacia el siglo IX algunos grupos arameos adaptaron el alfabeto fenicio (véase el capítulo 8, apartado 3.1) para representar por escrito su lengua; debido a la numerosa presencia de arameos dispersos por la zona, el sistema de escritura alfabética y la propia lengua de los arameos empezaron a ser utilizados cada vez con más frecuencia por un número mayor de estados; su alfabeto y su lengua fueron desplazando paulatinamente a la escritura cuneiforme y a la lengua acadia, predominantes hasta entonces, o por lo menos limitaron su uso. Así pues, una importante diferencia entre el carácter elusivo de los «pueblos del mar» y los arameos es que, mientras que los primeros, probablemente con la única excepción de los filisteos, desaparecieron casi sin dejar rastro tras las dos invasiones de las que tenemos noticias, los arameos siguieron constituyendo un factor político y cultural de capital importancia y claramente identificable en la historia del Oriente Próximo a partir del siglo IX. Una vez hecha esta salvedad, las causas de su aparición y la «explicación» de sus orígenes continúan constituyendo un problema difícilísimo.

En Siria y Anatolia la documentación desaparece prácticamente a partir del año 1200. En cuanto a Egipto, los testimonios de sus actividades más allá de sus fronteras son muy limitadas, y se hacen sumamente raros a partir del año 1100 (véase el capítulo 4, apartado 4). También en Babilonia, Asiria y Elam da la impresión de que se produjo un decremento del poderío y el prestigio político sin duda alguna a partir de 1050, con la pérdida por parte de Asiria del control de sus territorios de la Alta Mesopotamia (véase el capítulo 7). Esta época de oscuridad llega a su fin en 934, cuando el estado asirio empezó a levantar cabeza y sus reyes compusieron unos relatos más exhaustivos de sus campañas. Cuando volvemos a disponer de testimonios escritos (principalmente en Asiria, aunque no debemos olvidar el Antiguo Testamento) a partir de finales del siglo X, una cosa está bien clara. Los arameos, atestiguados esporádicamente antes de 1050 como si fueran simples bandas de nómadas agresivos, aparecen ahora asentados en diversas entidades políticas y diseminados por toda la región desde el este del Tigris hasta Levante. Y si nos fijamos en los testimonios posteriores de los anales asirios correspondientes a los últimos años del siglo VIII, cuando el imperio neasirio abarcaba en mayor o menor grado casi toda la zona, podemos tener una perspectiva razonablemente completa del asentamiento de los arameos. ¿Pero qué perspectiva es ésta?

En Siria y la Alta Mesopotamia, la característica más sorprendente es la existencia de una serie de pequeños estados, centrados en una capital, que por regla general (aunque no siempre) no se corresponden con el mapa de esta-

dos existentes durante el Bronce Reciente (véase *infra*, pp. 136-137, mapa 13); reinos como los de Damasco, Hamath (la actual Hama, a orillas del Orontes), Bit Agusi (capital: Arpad, la actual Tell Rifa'at, al norte de Aleppo), Bit Adini (capital: Til Barsip, la actual Tell Ahmar, a unos 20 km río abajo de Carchemish); Y'dy/Sam'al (la actual Zincirli, al pie de la ladera este de la serraña de Amanus), Bit Bahiani (capital: Guzana, la actual Tell Halaf, en la cuenca alta del río Khabur), Bit Zamani (capital: Amedu, en la comarca de Diyarbekr), y Nasibina (la actual Nusaybin, en la frontera sirio-turca). Algunos nombres de esos estados derivan del de su principal ciudad (por ejemplo, Hamath), otros están compuestos de las palabras «casa» o «familia» (*bītu/beth*) y de un nombre propio (por ejemplo, Bit Agusi). Esta circunstancia demuestra que algunos estados se llamaban literalmente «La Casa de Adin» o «La Casa de Gusi», e indica que el nombre del estado procedía del de algún antepasado o miembro destacado de una familia importante del reino. Los testimonios asirios y veterotestamentarios vienen a confirmar que todos esos principados eran en cierto sentido arameos, pues de vez en cuando los definen como tales, por ejemplo, «Aram Damasco»; además, las inscripciones del siglo VIII encontradas en algunos de esos estados están en arameo, y arameos son también los nombres propios de sus soberanos. Si nos trasladamos más al este y nos fijamos en la región de Babilonia, sobre todo en el área situada al este del Tigris, encontramos una multitud de grupos asentados en esta zona a los que las fuentes asirias califican de «arameos». Son designados por el nombre de su tribu, y así tenemos por ejemplo a los «gambuleos», los «pucudieos», los «itu'eos» y a muchos otros. Tal es el panorama propio del siglo VIII; y los testimonios asirios del siglo IX nos permiten conjeturar que era válido también en esta época. Esta circunstancia a su vez indica que los cambios trascendentales que condujeron a esta transformación política tuvieron lugar en el período comprendido entre *c.* 1100 y *c.* 900, época para la que, según hemos dicho, la documentación es excepcionalmente escasa.

Así pues, ¿cómo podemos explicar la aparición de estos nuevos elementos de la población? Por su propia naturaleza resulta imposible en último término dar respuesta a este tipo de cuestiones. Además de la ausencia de materiales de la época, los fragmentos de documentación dispersos aquí y allá que existen proceden inevitablemente de los estados más antiguos, que normalmente sólo se refieren a esos pueblos, si es que lo hacen, cuando entraron en conflicto con ellos, circunstancia que nos ofrece una visión de los hechos muy limitada y a la postre distorsionada. Quizá la forma más fácil de clarificar el problema sea estudiar sucesivamente los distintos tipos de testimonios existentes.



*Testimonios asirios*

A partir del siglo XIV poseemos referencias ocasionales a un pueblo llamado *ahlamû* que, según admite en la actualidad la mayor parte de los especialistas, tiene que ver con los arameos de época posterior. Aparecen mencionados unas veces como trabajadores del campo y otras como merodeadores en zonas tan apartadas como Bahrain y Siria. Pero el testimonio indiscutible más antiguo de los arameos data del reinado de Tiglath-pileser I (1114-1076). Desde el cuarto año de su reinado emprendió anualmente una serie de campañas de limpieza contra un pueblo llamado *ahlamê-armaya* en la zona del alto y medio Éufrates:

Crucé el Éufrates veintiocho veces, dos cada año, persiguiendo a los arameos *ahlamû*. Obtuve su derrota desde las ciudades de Tadmâr, en el país de Amurru, y de Anat, en el país de Suhu, hasta Rapiqu de Karduniash (Babilonia). Me traje su botín (y) sus pertenencias a mi ciudad de Assur (ARAB, I, §§ 287; ANET, p. 275; Grayson, 1972/1976, § 97; y 1991, A.0.87.4).

Si añadimos este texto a un pasaje de los anales de Tiglath-pileser I, da la impresión de que, en el curso de sus numerosas batallas contra los arameos, el soberano asirio incendió los poblados arameos de la región de Jebel Bishri (en la zona norte de la estepa siria), y de que libró batallas con el fin de proteger las rutas que se internaban por el desierto de Siria hasta la altura del Líbano, y siguiendo el curso del Éufrates entre Carchemish, Suhu (en la comarca de la actual 'Ana, en Irak), y la zona noroccidental de Babilonia (véase *infra*, pp. 136-137, mapa 13). La descripción de los ataques de Tiglath-pileser contra los arameos pone de manifiesto que, pese a las constantes acciones militares, el soberano asirio no logró modificar demasiado la situación. Es evidente que los grupos arameos continuaron atacando o interrumpiendo las rutas de caravanas que desde Babilonia se dirigían por el oeste hacia Levante y por el norte hasta el sur de Turquía. Es posible incluso que, quizá hacia finales del reinado de Tiglath-pileser I, las incursiones arameas llegaron hasta el corazón mismo de Asiria, como demuestra este pequeño fragmento de una crónica asiria, procedente, según se cree, de la biblioteca de Tiglath-pileser I (ABC, 66-67):

[En el año x se produjo una escasez en el país de...], los hombres se comían la carne de sus congéneres, [...]

[...]... las casas de los arameos

[...] con el fin de conseguir algún alivio, se pusieron en marcha,

[...] conquistaron Asiria, tomaron

[?los asirios subieron] hasta los montes de Kirriuri (para salvar) sus vidas

[?huyeron]. Se llevaron su [¿oro?], su plata (y) todas sus pertenencias.

[Marduk-nadin-ahhe, rey de Kar]duniash, falleció; Marduk-[shapik]-zeri,

[su hijo,]... accedió al trono; Marduk-[nadin]-ahhe había reinado 18 años.

[En el año x...] la cosecha del país de Assur, en su totalidad, [fue arra]sada [...] eran muy numerosos; se apoderaron de las casas [de los a]rame[os], [...]... fortaleza de Nínive, Kilizi  
[... Tiglath]-pileser, rey de Assur, fue a Kadmuhi.  
(Tadmor, 1958a, pp. 133-134; *ABC*, Ass. Chron., Frag. 4.)

Resulta tentador ver en este hecho el punto culminante de un proceso de empeoramiento, en el que los arameos llegaron a acampar alrededor de Assur y Nínive, y el rey se vio obligado a retirarse a las montañas del norte. Pero quizá sea conjeturar demasiado, pues tal interpretación se basa en la exagerada reconstrucción de un texto muy fragmentario propuesto por Tadmor (1958a, no incluido arriba). Debemos recordar asimismo que más tarde Ashur-bel-kala (1074-1057) se hizo definitivamente con el control de las principales ciudades asirias y combatió a su vez encarnizadamente contra los arameos (véase el capítulo 7, apartado 2). Según la opinión más generalizada, la crónica de Ashur-bel-kala deja bien claro que este soberano sufrió el violento embate de los arameos en la Alta Mesopotamia —más o menos en la cabecera del Khabur, en la cuenca del Balikh, en las montañas y a orillas del Éufrates—, y, después de su reinado, las fuentes de Asiria son escasísimas. Cuando volvemos a tener informaciones relativamente exhaustivas, a finales del siglo x, los testimonios asirios muestran la existencia de estados arameos establecidos al oeste del corazón mismo del reino de Asiria, que se extendían por toda la Alta Mesopotamia. Además, Ashur-dan II (934-912) describe elocuentemente la crisis sufrida por los habitantes de las zonas rurales antes de que él subiera al trono:

Volví a traer a la [población] exhausta de Asiria, [que] había abandonado [sus ciudades (y) casas en vista de] la necesidad, el hambre, y la escasez, (y) [se había trasladado] a otras tierras (E. Weidner, *AfO*, 3 [1926], pp. 151-161; Grayson, 1976, § 368, 1991, A.0.98.1).

Este pasaje da a entender que una de las consecuencias del establecimiento de los arameos en la región fue la huida de los asirios que vivían en ella (Postgate, 1974). Con la nueva expansión de Asiria a partir del reinado de Ashur-dan II, los soberanos asirios volvieron a plantear sus derechos sobre la Alta Mesopotamia y los estados arameos fueron incorporándose poco a poco al imperio revitalizado de Asiria, siendo algunos de sus habitantes deportados a las ciudades asirias. Así pues, desde el comienzo mismo de su renacimiento, el nuevo estado asirio incluyó a los arameos. El modo en que éstos fueron integrados se ha visto sorprendentemente iluminado por el reciente hallazgo de una estatua en el poblado de Tell Fekheriye (la antigua Sikan, en la cabecera del Khabur), que formaba parte del estado arameo de Bit Bahiani, con capital en Guzana (Abou Assaf *et al*, 1982; Millard y Bordreuil, 1982). La estatua ha sido datada de modo harto plausible a mediados del siglo ix. Representa a un gobernador de la que entonces era la provincia

asiria de Guzana, y está tallada en un estilo que muestra claros influjos del arte cortesano asirio de la época. La identidad del personaje ha sido establecida gracias a un texto bilingüe, en acadio y arameo; se trata de la inscripción aramea más antigua que se ha descubierto hasta la fecha (Layton, 1988):

A Adad, regulador de las aguas del cielo y de la tierra, que nos prodiga la abundancia en forma de lluvia, que proporciona pastos y abrevaderos a los habitantes de todas las ciudades, que da raciones y ofrendas a los dioses, sus hermanos; regulador de los ríos, que enriquece las regiones, el misericordioso dios al que conviene rezar, que habita en Guzana, al gran señor, su señor, Adad-it'i, gobernador de Guzana (*šakin māti (āl)gūzāni*), hijo de Shamash-nuri, también gobernador de Guzana, para que viva su alma, para que sean largos sus días, para que aumenten sus años, para que prospere su casa y la de sus descendientes y la de su pueblo, para que la enfermedad se aleje de su cuerpo, para que oiga mi plegaria, para que acepte mis palabras, la dedicó y la ofrendó. Quienquiera que en el futuro restaure su estado decrepito, que ponga (en ella) mi nombre. A quien borre mi nombre y ponga en su lugar el suyo, que Adad, el héroe, se le muestre adverso (Abou Assaf *et al.*, 1982, pp. 15 y 17).

Ésta es la versión acadia (en dialecto asirio) del texto principal; la estatua lleva además otra inscripción bilingüe (en acadio y arameo). Los principales puntos que cabe señalar al respecto son los siguientes: en primer lugar, Adad-it'i es la transcripción de un nombre arameo (Hadad-yis'i, en el texto arameo); a pesar de lo cual, su portador ejerce las funciones de un importante oficial asirio en la región (*šakin māti (āl)Gūzāni* = gobernador de Guzana). La consecuencia que cabe extraer de este hecho, así como de la versión aramea del texto, sólo puede ser que Hadad-yis'i era arameo, que gobernaba un estado que hasta entonces había sido arameo, aunque ahora fuera provincia asiria, y que dedicó una estatua suya en el santuario de una divinidad local, Hadad (acadio Adad). En segundo lugar, mientras que Hadad-yis'i es llamado «gobernador» (*šaknu*) en el texto asirio, en la versión aramea es calificado de «rey/soberano» (*mlk*); así pues, aunque era considerado un simple funcionario por los soberanos asirios, para la población local equivalía a un «rey». Una tercera puntualización relativamente importante que debemos hacer es el nombre de su padre, Shamash-nuri, que tiene la apariencia de ser asirio, aunque no está muy atestiguado. Un individuo del mismo nombre desempeñó el cargo de oficial epónimo en Assur (*limmu*, véase el capítulo 7, apartado 2) en 866: la posición de este nombre en la lista de los epónimos indica que su portador fue también gobernador de Guzana y que, por consiguiente, es muy probable que fuera el padre de Hadad-yis'i, de quien se afirma que ocupó el cargo de gobernador/rey antes que él. Si el nombre asirio de Shamash-nuri era el que llevaba originariamente, o si lo adoptó (o le fue concedido) en sustitución del que tenía en arameo como un gesto de lealtad (o como recompensa por ella), es una cuestión puramente especulativa. Pero todo indica que ya hacia mediados del siglo IX se había establecido una estrechísima simbiosis entre asirios y arameos. Los testimonios dan a entender

que existía la costumbre de que los miembros de las familias arameas de la zona fueran nombrados por el soberano asirio gobernadores de sus propios estados, y de que, en su calidad de dignatarios asirios con nombramiento oficial, se integraran plenamente en el sistema de dignidades y cargos públicos propio de Asiria. Merece la pena recordar que el nombre de los *limmu* era registrado formalmente en las estelas erigidas en Assur, que los máximos oficiales del estado, incluido el rey, desempeñaban su cargo por turno y que constituían la minoría dirigente por excelencia de Asiria. De ese modo, aunque la forma laudatoria de numerosas crónicas de las campañas reales asirias exigía que los estados arameos fueran presentados como enemigos, condenados a ser aplastados y devastados despiadadamente, y a ver a su población deportada, la realidad histórica quizá quede reflejada con más claridad por la estatua de Fekheriye. Esta obra pone de manifiesto la existencia de una política basada en el reclutamiento de algunas personalidades arameas para ocupar los puestos más elevados del gobierno asirio, creando de esa forma un estado en el que la división entre dominadores y dominados no venía determinada por criterios étnicos.

En resumen, los testimonios asirios presentan un panorama en el que vemos a los arameos irrumpir en el territorio dominado por Asiria durante el siglo XI. Su capacidad de hacerse con el control de algunas comarcas y de conservarlo se ve reflejada en la aparición de cierto número de estados arameos en la Alta Mesopotamia hacia el siglo X. Cuando los asirios se movilizaron para reconquistar dicha zona a partir de los últimos años del siglo X, fueron absorbiendo gradualmente esos territorios, convirtiéndolos en provincias asirias, pero, al menos en algunos casos, utilizando a ciertos miembros de la población aramea de la zona con el fin de imponer la dominación de Asiria. Dichos individuos debían su posición al rey de Assur y llegaron a convertirse en parte integrante de la maquinaria imperial asiria en sus niveles más altos. Un indicio de que esa interrelación entre arameos y asirios no era un fenómeno excepcional que sólo se producía en las esferas más altas es la aparición en fecha temprana (siglo VIII) de «arameísmos» en la lengua asiria, o el empleo del arameo escrito sobre pergamino en determinados contextos y con fines muy concretos. Así pues, la conclusión que cabe extraer sólo puede ser que, pese al tono belicoso y agresivo que adoptan los anales reales al hablar de los arameos, éstos llegaron a convertirse en una parte significativa de la población asiria en todos los niveles de la estructura sociopolítica (Garelli, 1982; Tadmor, 1982).

### *Testimonios babilónicos*

Los testimonios babilónicos relativos a los arameos son mucho menos completos, pero existen algunos indicios que podemos conjugar con nuestro conocimiento de la situación política reinante en los siglos IX y VIII para reconstruir una imagen hipotética. Durante el siglo XI, Babilonia probable-

mente padeció las consecuencias de la presencia de los arameos que, según dice Tiglath-pileser I, actuaban en la zona de Rapiqu, al noroeste del país. Durante el reinado de Adad-apla-iddina (1069-1048), ciertos grupos, calificados de arameos y suteos, saquearon los santuarios de Sippar y Nippur. Aunque la documentación contemporánea de los hechos es prácticamente inexistente durante todo el siglo X, otros disturbios análogos dentro de la propia Babilonia serían atribuidos posteriormente a bandas de arameos. Durante los siglos IX y VIII, los testimonios de los documentos comerciales babilónicos y las crónicas de las campañas asirias aluden a la presencia de gran número de asentamientos permanentes de arameos en el territorio babilónico, principalmente en la región al este del Tigris, pero también en algunos enclaves entre las distintas ciudades. Representan a diversos grupos claramente identificables (véase *supra*, p. 26), que realizaban actividades agrícolas relativamente simples; según parece, las principales formas de organización sociopolítica que tenían eran la aldea y el clan o la tribu. Las fuentes que se nos han conservado no nos permiten definir con demasiada claridad cuál era su estructura, pero las que tenemos indican que había autoridades locales (*nasīku*), posiblemente agrupadas bajo la tutela de un jefe de tribu, y una población que tenía una economía de subsistencia (Brinkman, 1984). En general, da la impresión de que la sociedad urbana babilónica era lo bastante flexible como para repeler con eficacia las incursiones arameas, incluso en los momentos más graves. En consecuencia, los arameos se establecieron en pequeños grupos tribales en la periferia de las entidades políticas dominantes, excluidos de los ricos campos de regadío propiedad de los habitantes de las ciudades, y fueron absorbidos muy lentamente en el estado babilónico (Brinkman, 1968).

Debemos distinguir la población aramea de Babilonia de otro grupo que aparece también en esta zona más o menos por la misma época, a saber el de los caldeos (los habitantes de *māt Kaldu*). Cuándo y por qué exactamente penetraron en Babilonia son dos circunstancias absolutamente desconocidas, pero cuando volvemos a disponer de documentación en la Babilonia del siglo IX se hallan ya indudablemente presentes en el país. Por eso algunos especialistas (por ejemplo, Dietrich, 1970) los han asociado con los arameos, aunque en realidad semejante identificación es insostenible. En Babilonia se conocen tres grandes agrupamientos tribales caldeos, Bit Amukani, Bit Dakkuri, y Bit Yakin, todos ellos concentrados en ciudades fortificadas provistas de resistencias reales en las que vivía el «soberano» (*šarru*) de cada tribu. No existe el menor rastro de que existieran otras autoridades que actuaran bajo el mando de esos reyes, de modo que cada grupo se hallaba, al parecer, sometido simplemente a un único soberano reconocido, con sede en la residencia real. Otra diferencia clara es que cuando conocemos los nombres de los reyes caldeos, se trata por lo general de nombres babilónicos: los de origen semítico occidental casi nunca están relacionados con los caldeos. Por último, los caldeos se diferencian de los arameos de Babilonia por su gran riqueza: el contraste entre el botín que los reyes asirios solían obtener a costa de caldeos y arameos resulta muy sorprendente. Mientras que de las

aldeas arameas no sacaban más que cierta cantidad de ganado menor (ovejas y cabras), los caldeos estaban en condiciones de proporcionarles oro, plata, marfil, maderas exóticas y piedras preciosas. Parece verosímil suponer que los caldeos, asentados cerca de la cabecera del golfo y en la cuenca del Éufrates, fueran los beneficiarios del comercio de artículos de lujo procedentes del golfo Pérsico y de la península Arábiga, actividad en la que, según parece, desempeñaron un papel crucial como intermediarios. Esta circunstancia les habría puesto en relación con los ricos estados situados en la cuenca media del Éufrates, el Suhu y el Hindanu (Brinkman, 1977).

### *Testimonios de Levante*

En Siria la situación resulta también absolutamente oscura para los investigadores modernos. Ello se debe en buena parte a la escasez de la documentación material. No se conservan inscripciones reales de la zona (excepto la de Tell Fekheriye/Guzana) con anterioridad a los últimos años del siglo IX (las fechas son sólo aproximadas y muchas de ellas son muy discutidas) (Layton, 1988). Naturalmente la versión del Antiguo Testamento, de época posterior, centra su atención en el reino de Israel (dividido más tarde en Israel y Judá; véase el capítulo 8, apartados 4.4 y 4.5), y sólo alude a los estados arameos vecinos de forma incidental, en particular a los más poderosos y próximos de Damasco y Soba (en el valle de la Beqa, en el Líbano). Soba fue el primer estado arameo que alcanzó cierta importancia, según la versión de las guerras de David en Siria que ofrece 2 Samuel 8, y su formación ha sido analizada por Malamut (1963) de un modo harto interesante, estableciendo una analogía con la creación del poderoso estado de Israel durante el siglo X por obra de David. Lo que destaca Malamut en su comparación son las analogías en el desarrollo de las dos regiones: tanto David como Hadadezer (el rey de Soba) edificaron inicialmente su base de poder alrededor de un pequeño núcleo, Judá en el caso de David, Beth Rehob en el de Hadadezer; los dos añadieron a ese pequeño núcleo una región mayor y más importante para crear un nuevo estado unificado: Israel fue añadido a Judá, y Soba a Beth Rehob; en ambos casos, el soberano de la nueva formación política ostentaba el título de soberano del grupo más grande: David sería llamado «rey de Israel» (no de «Judá»), y Hadadezer, «rey de Soba» (no de «Rehob»). Por último es posible que Hadadezer de Soba añadiera a sus dominios el importante y rico oasis de Damasco (véase Pitard, 1987, que tiene más dudas) y se anexionara otros estados menores que le rendían pleitesía, aunque quedaran al mando de sus propios soberanos. Por último, Damasco estableció su independencia no sólo respecto del Israel de Salomón, sino también del reino de Soba, durante el reinado de Rezin (Pitard, 1987). El estudio de Malamut ilustra con gran brillantez los tipos de vicisitudes políticas a los que se vieron sometidos todos estos estados emergentes (incluido Israel).